

¿Cómo fue el comienzo?

Como todos los comienzos, no fue fácil. Yo tenía 3 años y mi hermano 7 cuando falleció nuestro padre. Siempre he tenido muy presente a mi madre, que tuvo que hacer de madre y padre a la vez, y todos los consejos que me dio, que han sido los que me han llevado a ser como soy ahora.

Cuando falleció mi padre, no tenía apenas estudios y tenía que sacar a mi familia adelante por lo que empecé a trabajar en el campo, en las huertas familiares. Con 7 años ya trabajaba casi como un adulto, segaba las tierras, labraba, hacía las labores de campo en general. Después trabajé de pescadero en la plaza de Santa Ana mientras mi hermana estudiaba y mi madre trabajaba en un hotel.



Cada uno trabajábamos de lo que podíamos hasta que fue pasando el tiempo y a los 19 años me fui a Alemania. Sin estudios y sin saber el idioma, las únicas palabras que sabía decir en alemán eran “arbeite bitte” que significa “por favor trabajo”. Los primeros días no fueron nada fáciles, sin trabajo y durmiendo prácticamente en la calle. Menos mal que había más españoles allí que fueron muy solidarios conmigo y me ayudaron. Al final conseguí entrar en una empresa de plásticos y gomaespumas dónde fabricaban todo tipo de objetos como guantes y preservativos.

En ese momento Joaquín trabajaba en la base militar de Torrejón con los americanos. Nunca olvidaré cuando me llamó y me dijo “he comprado una máquina de Pinball que he puesto en un bar y que da en un día más de lo que gano yo”. Me volví a España para hacer la mili y, cuando terminé, decidí asociarme con Ángel (el mecánico que trabajaba con mi hermano) para aprender cómo era el funcionamiento de una máquina. Al final acabé separándome de Ángel porque no le veía con el espíritu empresarial necesario y seguimos Joaquín y yo. Como no teníamos dinero para comprar máquinas nuevas, empezamos el negocio comprando máquinas usadas.

¿Qué soñaba ser de pequeño?

Cuando yo era pequeño éramos muy humildes. Teníamos a la familia, los abuelos, los amigos de toda la vida a los que recordaré siempre.... siempre todos muy unidos compartiendo muy buenos momentos que todavía recuerdo, como las Nochebuenas preparando mantecados.

Nos divertíamos con poco, con una cuerda y una piedra hacíamos todo tipo de juguetes. Éramos felices porque no necesitábamos nada más. Era una vida muy sana rodeado de gente pobre pero buena.

Como no tenía un oficio concreto siempre me preguntaba ¿Qué hago ahora? Yo siempre he sido bastante mañoso en mis cosas y quería mejorar, pero no sabía cómo.

Mi madre, que era una mujer limpia y trabajadora, me daba unos consejos maravillosos y me enseñó que tenía que intentar ser el mejor en algo. La clave era hacer algo que no estuviera inventado, pero ¿cómo se hace eso? Pues con voluntad, trabajando, trabajando mucho. Yo antes tenía las manos llenas de callos porque trabajaba sábados, domingos y festivos. Cuando pruebas eso y te das cuenta de lo que puedes llegar a hacer, solo quieres seguir trabajando para conseguirlo.

¿Cuál es la clave del éxito?

No me canso de decirlo, para triunfar hay que trabajar duro, da igual en lo que sea. Si yo hubiera seguido como camarero igual podría tener ahora 3 o 4 hoteles, solo hay que tener la voluntad de hacerlo. Yo trabajaba todos los días de la semana, de día, de noche... llega a ser una esclavitud, pero merece la pena ver como lo que haces va aumentando y aumentando. Esa es la mayor satisfacción y lo compensa todo. El dinero es necesario para seguir aumentando el negocio, pero no me hace mejor persona. Hay gente que lo tiene todo y se vuelve estúpida, por eso creo que hay que saber en qué gastarlo.

Joaquín y yo empezamos a aprender mecánica muy básica hasta que conseguimos solucionar los problemas de las máquinas de aquella época. Un día me dijo Joaquín ¿si somos capaces de solucionar todos los problemas...por qué no fabricamos? Y nos pusimos manos a la obra. El resto de fabricantes decían "mira esos dos hermanos, no van a durar nada". Y resulta que creamos una máquina que se llamaba Mississippi con un éxito tan grande que en tres años todos esos fabricantes tuvieron que cerrar.

Si pudieras cambiar una cosa, ¿Qué cambiarías?

Nosotros llegamos a hacer 500 máquinas por día, era una locura. Uno hacia serigrafía, otro el mueble... nunca parábamos, facturábamos una barbaridad y casi no sabíamos qué hacer con el dinero. Era éxito, éxito y más éxito y, claro ¿Qué pasa con el éxito? Que al final te perjudica. Llegamos a creer que éramos los mejores y ese fue nuestro error. Vendimos Codere, vendimos Argentina, Colombia, Rusia y nos hemos quedado con la fábrica. En aquel momento parecía una buena decisión, pero pasa el tiempo y ahora son los bares los que mandan... tu les dices "mira tengo una máquina, ¿la quieres?" y si ellos te dicen que no, ya no puedes hacer nada.

De esto me di cuenta cuando murió Joaquín hace 9 años. Hice autocrítica y llegué a esta conclusión: "hay que aprender a desaprender". Yo sé que alguna gente pensó que me había vuelto loco, pero estaba convencido. Teníamos que desaprender porque lo que habíamos aprendido no había servido de nada.

Y lo estamos cumpliendo. Cuando tienes ilusión y lo sientes de verdad, sales adelante. En los últimos años hemos lanzado el área digital y hemos reforzado la parte presencial; donde antes sacábamos dos máquinas B y una C al año, ahora tenemos más de 100 juegos de invención propia.

¿Qué valores te gustaría transmitir a la gente?

Yo veo la empresa como un árbol, que tiene muchas hojas, pero donde todo es Franco. Tú y yo no somos diferentes y eso es lo que quiero que la gente aprenda, incluso los mandos. Que todos somos uno.

Me gusta transmitir la honradez, la profesionalidad, la forma de ser. Todo eso es una constante. Si yo no creyera en ello, no podría transmitirlo. Yo le deseo a todo el mundo que trabaja aquí que tenga suerte y no tenga ningún problema. Aquí hay gente que lleva muchísimos años y han dado mucho por esta empresa sin pensárselo. Esa gente es una maravilla; fíjate, ¡hasta me fastidia que se jubilen!

¿Qué consejo me darías?

Tú siempre sé honesta, sincera, clara y concisa, y algo muy importante, trabaja siempre con pasión e ilusión. Aquí, te prometo que te vas a encontrar gente francamente buena. Claro que hay gente que tiene sus cositas, pero por lo general, ya lo vas a ver, que no vas a tener problema. Para mí todos somos iguales, da igual que seas director que personal de la limpieza porque todos venimos aquí a hacer nuestro trabajo.

¿Algún sueño por cumplir?

En todos estos años he cumplido muchos sueños, pero me encantaría que mis nietos aprendieran el negocio y siguieran con él y ver que todo lo que está en marcha se termina de cumplir.



Una reflexión...

Cuando me propusieron participar en este proyecto me vinieron muchas cosas a la cabeza. El ejercicio consistía en escribir preguntas que despertaran mi interés para conocer a Jesús como persona y sacar su lado más humano.

El momento de la entrevista me lo imaginaba de mil maneras diferentes. Tenía el miedo y la inseguridad de no saber cómo iba a reaccionar o si le pudiera incomodar que una chica de 23 años que no conocía entrara a hablar con él.

Y reconozco que me sorprendió, me sorprendió hasta tal punto que me dejó sin palabras (algo difícil de conseguir en mí).

Hay personas que te gusta escucharlas y este ha sido un claro ejemplo. Me podría haber tirado horas y horas en su despacho porque historias para contar tiene miles. Pero siempre desde la más pura humildad, sin olvidar nunca lo que le ha costado llegar hasta

aquí, reconociendo que el éxito te lleva a lo más alto pero que sin darte cuenta puede jugarte una mala pasada.

Desde luego que hace justicia a la frase “todo esfuerzo tiene su recompensa” porque él la tuvo, pero vaya que si se esforzó. No concibe el éxito sin el trabajo y a sus 77 años eso es admirable.

Me transmitió una cercanía de una forma que nadie aquí me había transmitido antes. Quizá por la diferencia de edad, pero me pareció tan entrañable...

Siempre he creído que ser dueño de una empresa es complicado, pero apenas me bastó dos horas para darme cuenta de que él hace que las cosas sean un poco más fáciles. Que ha pasado por momentos muy complicados, que nadie nunca le ha regalado nada y que tiene los pies en la tierra.

Si tuviera que definirle en tres palabras diría sacrificio, generosidad y humildad. Desde aquí le quiero agradecer su generosidad en todo momento conmigo, por abrirme sus puertas y hacerme sentir como en casa.

Porque sigue manteniendo la misma ilusión que el primer día y cree en esta empresa, y lo que es más importante cree en las personas. Quizá porque él antes que empresario es persona y eso es algo que me transmitió desde el minuto uno que entré y me senté en su despacho.

Tiene mil motivos para sentirse orgulloso, ya que ha sido capaz de crear algo grande, muy grande, desde lo más bajo. Porque siendo otros tiempos y sin tener las facilidades que ahora podemos tener los jóvenes consiguió crear un imperio, así que no valen las excusas.

Desaprender. Nunca voy a olvidar eso. Porque que a sus 77 años sea capaz de hacer autocrítica y decir que hay que desaprender creo que es lo que más le puede honrar a una persona.

Yo salí pensando “tenemos tanto que agradecerle”. Porque a veces nos quejamos de que las cosas no van como queremos, pero ojalá todo el mundo (y me incluyo) tuviera su actitud a la hora de trabajar. Esa ilusión por hacer las cosas y sacar lo mejor de nosotros mismos. Él me dijo “yo y mi hermano no éramos dos, éramos uno” y creo que esa es la clave de todo. Que los casi 400 trabajadores que somos en el grupo seamos uno y nos sintamos orgullosos de lo que hacemos, porque sí, porque tenemos motivos de sobra para sentirlo así y estamos a tiempo de hacer grandes cosas, porque nadie es imprescindible, pero todos somos necesarios.

Silvia Corbella (Dpto. Recursos Humanos)